

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

El antifascismo comunista.

Gerónimo Alfredo Torres.

Cita:

Gerónimo Alfredo Torres (2011). *El antifascismo comunista. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/170>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia

Jornadas Interescuelas de Historia

Mesa: 27

Título de la mesa: América Latina, entre el autoritarismo y el antifascismo en la dinámica de la entreguerras.

Coordinadores: Saúl Casas (UNLP), Adriana Sara Pons (FFyA-UNR) y Javier Moyano (UNC).

Expositor: Gerónimo Alfredo Torres

Pertenencia Institucional: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP)

Documento de identidad: 32.714.917

Correo electrónico: gatorres86@hotmail.com

Autorizo a publicar mi trabajo en el CD de las jornadas

Introducción

El 23 de agosto de 1939 un acontecimiento impactaba al mundo entero. En Moscú, el presidente del Consejo de Ministros de la URSS, Viacheslav Mijáilovich Molotov, y el ministro de Asuntos Exteriores del Tercer Reich, Joachim von Ribbentrop, habían firmado un Pacto de Amistad y de No Agresión entre los dos países. Esta noticia conmocionaba fuertemente a todo el espectro antifascista.

En la República Argentina, la llegada de los sucesos en Moscú no se tradujo inmediatamente en una fractura de la comunidad antifascista. Desde distintas posiciones se discutió acerca de la conveniencia o no de la decisión soviética de firmar un pacto con el nazismo. Había sectores que condenaban fuertemente la actitud de Moscú y otros, como el socialista Rómulo Bogliolo, que pensaban que el pacto podía servir para detener la voracidad belicosa de Hitler. Lo que es importante destacar es que los grupos antifascistas hablaban desde la idea de pertenencia a una comunidad antifascista íntegra y en la cual discutían ideas dentro de un mismo espíritu. A pesar de la diversidad de opiniones, se creía que el debate se producía en el interior de un mismo campo antifascista.

Lamentablemente, el debate quedó cancelado el 1º de septiembre de 1939 con la invasión Alemana a Polonia, y la declaración de guerra de Gran Bretaña y Francia al Tercer Reich. A partir de este momento, el campo antifascista, que se había querido mostrar como una estructura homogénea, se va a escindir en dos fracciones: un antifascismo “liberal-socialista” y un antifascismo “comunista”. El primero, en sintonía con las críticas que le hacía al nazismo, empezará a definir al segundo como totalitario, y los comunistas caracterizarán a los liberales-socialistas como imperialistas pro-británicos. Estas dos fracciones recién volverán a unificarse cuando Alemania invada a la URSS en junio de 1941.

Este trabajo va a buscar caracterizar a los dos tipos de antifascismos surgidos en 1939. Se van a analizar sus características y se ven a delinear sus perfiles. En segundo lugar, se va a explicar cómo se vuelve a unificar el campo antifascista con la entada de la URSS a la Segunda Guerra Mundial, viendo qué cambios tuvo que hacer cada bando del antifascismo para aceptar a los que, hasta ese momento, eran sus enemigos declarados.

El antifascismo comunista

Al recibir la noticia del pacto, los comunistas argentinos tuvieron que hacer un giro en su política de ciento ochenta grados. Esto fue así porque el período anterior (1935-1939) se había caracterizado por el auge de los Frentes Populares, que había obligado a una política mucho más abierta. En el VII Congreso de la Internacional Comunista el búlgaro Georgi Dimitrov había impulsado una táctica consistente en las fuerzas unidas de los trabajadores, que serían el soporte de una alianza política y electoral más amplia con los demócratas y los liberales (Frente Popular). Esta táctica tenía como fin movilizar a todos los sectores populares del mundo contra el avance del fascismo.

En la Argentina, fue en la III Conferencia Nacional realizada en Avellaneda en 1935 donde los comunistas llamaron a la formación de un Frente Popular. El Frente Popular sería visto en el país por varios sectores políticos como un llamado a realizar una confluencia democrática que, liderada por el Partido Radical, impusiera el acceso al poder con fines de restauración de la democracia política formal.¹ La táctica del Frente Popular acercaría a los comunistas argentinos con los socialistas y a otros grupos políticos de corte liberal (coincidiendo con el acercamiento de Stalin a las “democracias” occidentales), si bien no faltaron posibilidades de resquebrajamiento en esta nueva alianza.² Es necesario aclarar que nunca se logró una unidad electoral de estos grupos (al menos por esta época) porque todavía persistían serias diferencias. Por ejemplo, los socialistas decían que no se podía armar una unidad con los comunistas ya que estos despreciaban a la democracia. Los comunistas, inspirados en las enseñanzas de Dimitrov, decían que bajo la democracia podían esconderse algunos síntomas fascistas.

Es en este período donde los comunistas abandonaron su ortodoxia de épocas pasadas y aminoraron sus críticas a los socialistas, al presidente Ortiz³ y a las democracias occidentales.

¹ Ver Bisso Andrés, “La división de la comunidad antifascista argentina (1939-1941). Los partidos políticos y los diferentes grupos civiles locales ante el Pacto de no agresión entre Hitler y Stalin” en *Reflejos* del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, N°9, 2000-2001, p.89.

² La primer vez que el campo antifascista estuvo por desquebrajarse fue cuando se produjeron los Acuerdos de Munich de 1938, donde Édouard Daladier y Neville Chamberlain cedieron los Sudetes checoslovacos a Hitler. Esta actitud, además de ser criticada por los comunistas, también fue criticada por los socialistas. La segunda posibilidad de rompimiento del bloque antifascista sucedió cuando salieron a luz las internas en el bando republicano en la Guerra Civil Española, responsables de la derrota de los antifascistas españoles en 1939.

³ El IX Congreso del Partido (1938) había resuelto apoyar al presidente Ortiz porque éste mostraba intenciones de que el país regresara a un funcionamiento institucional regular, sin ningún tipo de fraude. Se le daría apoyo a Ortiz siempre y cuando cumpliera con ese objetivo. Ver Arévalo, Oscar, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 40.

Los comunistas argentinos tuvieron que revisar muchos de sus conceptos cuando tuvieron la noticia del pacto Ribbentrop-Molotov. Muchas reivindicaciones del período de los Frentes Populares fueron dejadas de lado y se recobraron algunas de períodos más sectarios.

En principio, y obedeciendo ciegamente las ordenanzas que llegaban de Moscú, el antifascismo comunista recibió la noticia del pacto con conformidad porque lo consideraba como una brillante estrategia de Stalin. Según ellos, el pacto servía para salvar la paz y para limitar el campo de los conflictos armados.

La visión de los comunistas era que se trataba de una guerra imperialista desatada fundamentalmente por el nazismo alemán y que Gran Bretaña y Francia habían entrado presionadas por la presión popular antifascista y por sectores capitalistas atemorizados por el expansionismo teutón. Si, como se explicaba más arriba, en el período anterior los comunistas argentinos habían disminuido sus críticas a Estados como Gran Bretaña, ahora surgía toda una literatura denunciando al imperialismo inglés. Se denunciaba una situación de dependencia semicolonial con respecto a Gran Bretaña, evidenciada en el hecho de que en el país estuvieran rigiendo derechos aduaneros más elevados para las materias primas que para los productos manufactureros. Ernesto Giúdice decía:

Las naciones imperialistas son librecambistas en la Argentina en cuanto a la entrada de sus productos; ello es así porque está de acuerdo con sus intereses capitalistas. Pero no está de acuerdo con nuestro interés por el desarrollo capitalista nacional. Este liberalismo favorece al imperialismo pero perjudica a la Argentina porque le impide desarrollar su industria y economía.⁴

La solución para los antifascistas pro-soviéticos era recurrir al proteccionismo, pero no como un sistema absoluto. Si la introducción de maquinaria favoreciera el desarrollo industrial del país, habría que dejarlas entrar sin trabas; pero si Argentina empezaba a generar una industria metalúrgica que proveyera máquinas, se admitirían ciertos derechos prohibitivos. Esta forma de actuar hacía que si los comunistas sostenían el libre comercio en un producto, un tiempo después podrían volverse proteccionistas porque el país podía empezar a producirlo.

A pesar de que los comunistas caracterizaban a la guerra que acontecía como interimperialista, desechaban la idea de mantenerse al margen debido a que los dos bandos eran iguales. Los antifascistas pro-soviéticos pensaban que el enemigo más letal era el nazifascismo que quería destruir la democracia y la libertad de los pueblos. Los militantes antifascistas debían luchar por la eliminación del nazismo sin dejar que esta tarea fuera

manipulada por Londres y París, pero personas como Gerónimo Arnedo Álvarez advertían que:

[...]si los intereses de la paz mundial y de la clase obrera en el orden internacional exigen marchar momentáneamente juntos [con Gran Bretaña y Francia], aunque separados en nuestros objetivos finales, no podemos titubear en hacerlo.⁵

La postura que defendían los antifascistas comunistas era la neutralidad, pero no cualquier tipo de neutralidad sino una neutralidad sostenida por la paz. Los comunistas argentinos criticaban a aquellos que querían la neutralidad para comerciar con ambos beligerantes, o a aquellos, como los socialistas, que no querían todavía que Argentina entrara a la guerra pero reivindicaban los esfuerzos bélicos de franceses e ingleses. Había que fomentar una política neutralista tratando de detener al avance del nazismo por medios diplomáticos. Por ese motivo, los partidarios de Stalin se enorgullecían con la política de paz que llevaba adelante su líder. En efecto, los comunistas pensaban que la URSS estaba llevando a cabo una batalla diplomática importante por la defensa de los pueblos del Este, apoyada en el desarrollo industrial que había obtenido en décadas anteriores. Y negaban que la URSS estuviera haciendo esos esfuerzos porque tenía intereses imperialistas: el imperialismo era la fase superior del capitalismo y éste ya había sido abolido en la Rusia socialista.

En la misma sintonía, negaban el carácter antifascista de la guerra. Los comunistas consideraban que dos Estados imperialistas que habían abandonado a los pueblos checo, polaco y austriaco no podían darle ese carácter al conflicto bélico.

En esta etapa neutralista, los antifascistas pro-soviéticos van a reivindicar algunas manifestaciones políticas del nacionalismo pequeño burgués (si bien siempre se hará desde un punto de vista crítico). El plan era volver a la posición de Stalin de 1928 frente a Chiang Kai-shek: la de idealizar el papel revolucionario de la burguesía nacional.⁶ Se pensaba que ciertos anhelos de las masas populares podían encontrar expresión en algunos movimientos nacionalistas. Esta idea se reflejaba en una de las críticas que los comunistas hacían a los socialistas. Los comunistas trataban a los socialistas de reformistas que habían perdido su concepción de clase, ubicándose en un plano nacional que renegaba de lo internacional y clasista, y que en lo nacional se limitaba a defender a la burguesía. Si estaban dispuestos a

⁴ Giúdice, Ernesto, *Imperialismo inglés y liberación nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 124-125.

⁵ Arnedo Álvarez, Gerónimo, "Las tareas de la clase obrera en esta nueva guerra imperialista" en Bisso, Andrés (comp.), *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Buenos Libros, CeDInCi Editores, 2007, p. 460.

sacrificarlo todo para defender a su burguesía, cuando se trataba de sostener un punto de vista nacional en el desarrollo emancipador en un país semicolonial como Argentina, se volvían antinacionales por sostener un liberalismo que beneficiaba al imperialismo. Según los comunistas, los socialistas tenían una concepción de la burguesía meramente internacional, y no se preocupaban por coincidir con la burguesía nacional en las etapas progresistas de su desarrollo liberador.⁷ Sólo estaban con la burguesía nacional cuando ésta estaba lista para responder a las exigencias del imperialismo. La defensa de la burguesía nacional (como la defensa del neutralismo) permitió un acercamiento entre los antifascistas comunistas y algunos sectores del movimiento FORJA.

Los comunistas argentinos hacían uso de las ideas ya mencionadas para criticar al antifascismo pro-aliado. Los comunistas decían que el Partido Socialista y algunos sectores democráticos querían que Argentina pagara los costes de la guerra. Para ganar apoyo popular entre las masas, los comunistas afirmaban que con esta crisis iba a haber una avanzada de los monopolios extranjeros que podían encarecer el nivel de vida de los trabajadores. Tampoco dejaban de advertir que la penetración nazifascista estaba a la orden del día y que podía vulnerar las fronteras nacionales fácilmente. Por eso proponían un boicot a los productos fascistas y una organización continental de carácter antifascista y democrática, sin dejarse arrastrar a la guerra.

Finalmente, queda por discutir cómo el antifascismo pro-soviético pudo sortear las críticas sobre antisemitismo que le achacaban algunos grupos por el pacto con el Tercer Reich. Estas críticas se reflejan en las acusaciones que la organización obrera sionista-socialista Paole Sión le lanzaba al Comité contra el Racismo y el Antisemitismo (acusado de estar operado por los comunistas), donde la forma de actuar del Comité “*lo inhabilitaba moralmente para obrar en nombre de los elementos antirracistas, democráticos y progresistas del país.*”⁸

Para tratar de salir indemnes de esta delicada situación, los comunistas argentinos explicaban que había un minoritario número de judíos reaccionarios que difundían los intereses angloyanquis en el país. Este sector de los judíos quería movilizar al resto de las

⁶ Ver Ramos, Jorge Abelardo, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, tomo II. Buenos Aires, Editorial Claridad S.A., 1990, p. 69.

⁷ Es necesario remarcar que para los comunistas, cualquier intento de intervenir la economía desde el Estado era visto como síntoma de fascistización porque significaba que la concentración financiera se extendía sobre la producción social. Pero en países que tenían economía dependiente (como Argentina) si la defensa de la producción nacional se hacía en beneficio de las capas medias y productoras y la clase obrera y campesina, el asunto cambiaba radicalmente: no se trataba de síntomas de fascismo ya que se luchaba contra el avance del monopolio extranjero en beneficio del monopolio nacional. Ver Giúdice, Ernesto, “Fascismo mundial y argentino” en Bisso, Andrés Op. Cit., pp. 272-273.

masas populares judías tras los intereses imperialistas mediante los lemas de un Estado judío en Palestina y una nueva Europa reconstruida por Londres y Washington donde predominaría la tolerancia racial y étnica. Los antifascistas pro-soviéticos veían en estas promesas pura demagogia, Con respecto al primer punto, los comunistas decían que el sionismo le hacía el juego al antisemitismo al trasladar a los judíos fuera de Europa, además de que un Estado judío en Palestina serviría nada más para preservar las colonias británicas en Medio Oriente. Con respecto al segundo punto, decían que era imposible que dos Estados que se caracterizaban por practicar la discriminación racial en sus respectivos territorios pudiesen construir una Europa libre de prejuicios. Como declaraba Marcos Meerof:

¿Qué democracia defienden y que antirracismo practican quienes hablan de llevar a la silla eléctrica a los obreros en huelga, encierran en campos de concentración a los héroes que lucharon por España, conceden préstamos a Franco y suprimen toda clase de libertades hasta llegar a anular las diferencias que les separaba del nazifascismo?⁹

Los comunistas, de este modo, querían impedir que los sectores judíos populares cayeran tras la influencia de esa minoría judía que respondía al imperialismo y los llamaba a desconfiar de ciertas organizaciones judías que sólo buscaban perjudicar a la URSS. Gracias a esto, se pudo mantener la defensa del Pacto nazi-soviético y una posición cercana a las masas judías.

El antifascismo liberal-socialista

Antes de empezar a diseñar el perfil de este tipo de antifascismo es menester aclarar que, a diferencia del antifascismo comunista, el antifascismo pro-aliado mostraba un grado de heterogeneidad mayor. Si los comunistas nada más tenían que preocuparse de seguir las directivas que salían del Kremlin, los antifascistas aliadófilos podían diferir sobre cómo posicionarse en algunas cuestiones. Sin embargo, algunas características comunes pueden ser rescatadas.

Como se explicaba en páginas anteriores, la noticia del pacto generó sorpresa, trastorno y confusión a los sectores liberal-socialistas. Si bien se intentó dar algo de crédito a la táctica empleada por la URSS, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia

⁸ Kostrynski, M. (Paole Sión), “¿Contra el racismo o comunazismo?” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 609.

⁹ Meerof, Marcos, “Una nueva maniobra de los belicistas angloyankees” en *Orientación*, 8 de mayo de 1941, p. 3.

la condena total de la alianza entre el nazismo y el estalinismo¹⁰, y el comienzo de ataques a los defensores del pacto.

Para los grupos que se enrolaban en el campo antifascista pro-aliado, Occidente, más precisamente Gran Bretaña y Francia, representaba a los pilares de la civilización, la cultura, la razón y la democracia. Para el bando pro-aliado, estos dos Estados buscaban crear un ordenamiento mundial en base a la igualdad y a la convivencia entre los pueblos. Justificaban su postura apelando a la formación de la Sociedad de Naciones. Este organismo, según ellos, había buscado reorganizar el mundo después de la Gran Guerra haciendo participar activamente a las pequeñas naciones ya que ellas “diversifican el aspecto del mundo y contribuyen a promover el progreso y la cultura.”¹¹ Desgraciadamente, la Sociedad de Naciones había fracasado, entre otras cuestiones, por no tener capacidad para hacer valer sus decisiones. Si para este sector del antifascismo los Aliados enaltecían esos valores, la Alemania nazi hacía todo lo contrario. El Tercer Reich representaba a la barbarie en su punto más alto: buscaba hegemonizar el mundo por medio de la intimidación y la violencia, irrespetando sistemáticamente los tratados firmados y los derechos humanos.

Con la caída de París en 1940, Gran Bretaña pasó a ser el último bastión de la libertad. Se creía que si Londres caía en manos de los alemanes, caería también la civilización. Militantes como Nicolás Repetto pensaban que:

La derrota de Gran Bretaña significaría para la civilización un golpe tan tremendo y representaría para el mundo un disloque económico tan formidable, que por estas mismas proyecciones catastróficas de la derrota se impone la necesidad de considerarla imposible.¹²

Por ese motivo, a los antifascistas pro-aliados les conmovía profundamente los sentimientos de germanofilia que creían ver en Argentina. Según ellos, esta germanofilia era alimentada por aquellos que mostraban a Gran Bretaña como un imperio que había comenzado su expansión en el país en el siglo XIX mediante la ocupación de las Islas Malvinas, y ahora continuaba dominándolo por medio de la manipulación en el negocio de la

¹⁰ Los radicales dirigidos por Marcelo T. de Alvear condenaron el pacto por tratarse de una alianza entre dos potencias con intereses contrarios al modo de vida occidental. Esto, sumado al apoyo que Alvear le brindó en más de una ocasión a Gran Bretaña, permitió un acercamiento entre los alvearistas y los sectores antifascistas pro-aliado (por ejemplo, Alvear firmó el manifiesto fundacional de Acción Argentina). Pero sectores más antiimperialistas del radicalismo, como FORJA, condenaban estas actitudes y planeaban un acercamiento a grupos que pregonaban por el neutralismo, como los comunistas. Sin embargo, hay que hacer algunos matices. Dentro de FORJA, era el grupo liderado por Raúl Scalabrini Ortiz el que llamaba a la unión de todos los partidarios del neutralismo. Había otra ala, liderada por Luis Dellepiane, que no quería saber nada de acercarse a ciertos grupos, por más que profesaran el neutralismo. Otro grupo contrario al alvearismo como el que encabezaba Sabattini, a pesar de defender la neutralidad no quería saber nada de aliarse a los comunistas.

¹¹ Repetto, Nicolás, “Hegemonía por la fuerza” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 489.

¹² *Ibidem*, p.490.

carne, los préstamos de los bancos y sus industrias que impedían el surgimiento de las industrias nacionales.

Esta germanofilia era sostenida por dos grupos. Uno de ellos estaba compuesto por filofascistas, por los admiradores de los regímenes totalitarios y por aquellos que creían que los problemas sociales se resolvían mediante la represión. Pero los antifascistas pro-aliado encontraban también que esta germanofilia era impulsada por comunistas en sintonía con Stalin y el pacto que había firmado con Hitler.

Esta actitud pro-alemana era inconcebible para los antifascistas de corte liberal-socialista ya que, como se explicó anteriormente, lo que estaba en juego era la civilización contra la barbarie nazi. Ciertos antifascistas pro-aliado negaban el imperialismo británico. Algunos, como Roberto Giusti, sostenían que el capitalismo británico, junto con la inmigración europea, habían cumplido en el país una función civilizadora.¹³ Y los que juzgaban ciertas algunas críticas contra Gran Bretaña, como Alberto Gerchunoff, pensaban que:

Cuando se concluya con el peligro que amenaza la dignidad del hombre, que es precisamente el fin de la sociedad, [...] será lícito discriminar esos problemas secundarios, analizarlos con frialdad y medir la amplitud de los crímenes.¹⁴

En sintonía con la visión de Gerchunoff, es interesante destacar la posición de Enrique Anderson Imbert. Él reconocía que tanto Gran Bretaña como Francia habían cometido crímenes horribles, y también pensaba que Hitler no había sido peor que otros dictadores del pasado. Pero el enemigo fundamental seguía siendo el nazismo porque en un mundo nazificado no había ninguna posibilidad de progreso. No defendía a ultranza a la Europa posterior a Versalles ni a las democracias burguesas occidentales. Sin embargo, la Europa antes del ascenso de Hitler permitía corregir las injusticias y falencias del sistema.

Por ese motivo, los antifascistas aliadófilos creían que era un error levantar las banderas del antiimperialismo en esas horas tan críticas. Poner la cuestión del antiimperialismo en primer lugar significaba “apoyar a la barbarie nazi contra las naciones señaladas para contenerla.”¹⁵ Y si bien no había un fetichismo del sistema occidental (en algunos sectores), se creía que los problemas de la sociedad se podían solucionar en el marco de la libertad.

¹³ Ver Giusti, Roberto, “La guerra y nuestro porvenir” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 480.

¹⁴ Gerchunoff, Alberto, “La posición ante la guerra” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 472

¹⁵ Marpons, Josefina, “Desorientación” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p.484

Pero como se explicaba al inicio de este apartado, el antifascismo pro-aliado no era una roca sólida. Había posiciones más heterodoxas que cuestionaban mucho de los postulados básicos. Una de las personas que se podían insertar en esta ala del antifascismo liberal-socialista era el poeta Oliverio Girondo. Girondo tomaba una posición intermedia ya que, si bien criticaba a los gobiernos de Alemania y la URSS y los caracterizaba como totalitarios y que no sólo ponían en peligro a la cultura sino a la dignidad humana, también criticaba fuertemente a Gran Bretaña y a los Estados Unidos porque su capitalismo codicioso había corrompido las instituciones occidentales. Girondo denunciaba, entre otras cosas, el control de la economía argentina por parte de manos extranjeras, principalmente británicas. El poeta pensaba que había que aprovechar ese momento de debilidad de las potencias para independizarse económicamente. El intento de recuperar el control de la economía respondía a intereses puramente nacionales; la nacionalización de ciertas empresas y servicios era necesaria para la defensa nacional y para el desenvolvimiento económico. Pero a diferencia de lo que podrían plantear grupos más radicalizados, Girondo quería que se cumplieran sus objetivos en el marco de la legalidad. No quería generar hostilidades a las personas que controlaban las empresas. Todo debía hacerse en orden y, si el momento lo requería, a largo plazo.

Posiciones como la de Girondo eran atacadas por sectores más ortodoxos dentro del antifascismo pro-aliado. El debate Girondo-Mitre refleja las contradicciones que tenía este tipo de antifascismo.

Mientras duró la alianza con los grupos antifascistas comunistas, los sectores pro-aliado se cuidaron de difamar al bando pro-soviético y a su líder Stalin. Pero cuando el pacto con Alemania produjo la fractura, las críticas empezaron a llover en gran cantidad y asimilaron muchas críticas que le hacían al nazismo con el comunismo.

Los antifascistas aliadófilos reconocían que la URSS y los comunistas habían obtenido algunos triunfos en la lucha contra el fascismo: habían aumentado su importancia en Francia gracias a la victoria del Frente Popular liderado por León Blum, había permitido salir a la URSS de su asilamiento y había consolidado la figura de Stalin. Pero cuando el georgiano estampó su firma al lado de la de Hitler, todo se echó a perder. La URSS pasó a ser a los ojos de los antifascistas pro aliado un Estado totalitario donde una burocracia, que había reemplazado a la burguesía, era el nuevo actor explotador. Se lo criticaba a Stalin por ser un dictador como Hitler que no tenía vacilación en transgredir tratados firmados e invadir a naciones más débiles como en el caso de Polonia y Finlandia, ya que

[...] la idea de que el imperialismo es sólo una proyección de la sociedad capitalista ha quedado desmentida crudamente por la política expansionista del Soviet, pese a la pedantería dialéctico-marxista en auge en ciertos intelectuales.¹⁶

Agregaban que ese tratado con el nazismo lo que hacía era ensuciar las vidas de los militantes que en el pasado habían enfrentado con su vida al fascismo (como en el caso de las Brigadas Internacionales que pelearon en la Guerra Civil Española). También, los antifascistas pro-aliados se mofaban de los comunistas que seguían ciegamente los designios de Moscú y creían que la firma del Pacto había sido una gran estrategia ya que, de una forma o de otra, la URSS iba a salir perdiendo siendo invadida por una Europa nazificada (en caso de que Hitler ganara la guerra) o siendo invadida por los Aliados por haber sido cómplice del *Führer* (en caso de que ellos ganaran). Asimismo, los sectores liberales-socialistas descreían de la táctica de los comunistas de fomentar movimientos revolucionarios en una Europa conquistada por Alemania. Un período revolucionario en una Europa devastada por la guerra, traería más destrucción generando una anarquía sin precedentes, y atrasaría al Viejo Continente a una nueva Edad Media.

La decisión de los comunistas de defender el pacto a toda costa, tuvo como resultado su aislamiento en las actividades de los antifascistas aliadófilos. Antes, y a pesar de las diferencias, se podían ver dirigentes comunistas en los mitines organizados por los antifascistas pro-aliado. Con la nueva situación, esos mitines se caracterizaron por la ausencia de ellos. De este modo, los antifascistas liberal-socialistas tuvieron que acercarse a otros grupos marxistas “marginales” para dotar a su antifascismo de una prédica radical que ya el antifascismo comunista no podía aportar. Uno de los grupos que tomaron relevancia fueron los trotkistas. Durante la época del pacto, se podía leer a militantes como Julio Argentino Noble hablar bien de Trotsky ya que él había predicho la caída de Stalin.¹⁷ Por su parte, los trotkistas no se sorprendían por lo que pasaba en Europa porque ellos siempre habían advertido que la dictadura bonapartista de Stalin terminaría tomando esos rumbos

El pacto de no agresión nazi-stalinista [...] permite apreciar ahora, [...] todo el camino recorrido por la U.R.S.S. desde los días de Lenin y Trotsky hasta lo que se está viviendo hoy, en que viene en ayuda del fascismo en el preciso instante en que éste más lo necesita.¹⁸

Los trotkistas denunciaban que el pacto servía para que las materias primas de la URSS alimentaran la maquinaria bélica del nazismo. También denunciaban el apoyo que Stalin brindó a las tropas italianas en la conquista de Etiopía. Sin embargo, los grupos trotkistas

¹⁶ Ver Giusti, Roberto, “La guerra y nuestro porvenir” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 481.

¹⁷ Ver Noble, Julio Argentino, “El negocio de *Herr Stalin*”, en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 476.

¹⁸ Justo, Liborio, “¿Comunistas rusos contra el comunismo?” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 453

descartaban una unión electoral con los antifascistas pro-aliado. Hay que recordar que Trotsky criticó la táctica del Frente Popular impulsada por Dimitrov. Para él, la Internacional Comunista tendría que haber retomado la táctica del Frente Único (la unión entre los comunistas y los socialistas), y no la táctica del Frente Popular que acercaba a las fuerzas obreras con sectores de la pequeña burguesía.

Otro grupo que tomó relevancia fue el de Concertación Obrera, dirigido por José Penelón. Este grupo, sin dejar de solidarizarse con la URSS, criticaba al nazismo por ser antidemocrático y defendía a las instituciones democráticas (cosa que los comunistas no estaban dispuesto a hacer). Pero hay que decir que se dificultaba la entrada de Concertación obrera al ala antifascista aliadófila porque, si bien criticaba los sesgos autoritarios del comunismo, criticaba también el excesivo reformismo de los socialistas.

De este modo, los dos tipos de antifascismos se mostraban irreconciliables y con intereses netamente opuestos. Sin embargo, si los acontecimientos en Europa habían sido los causantes del rompimiento del campo antifascista argentino, nuevamente sucesos en el Viejo Mundo traería la reunificación del mismo. En junio de 1941, la URSS sería invadida por Alemania. Esto, sumado al ataque japonés en Pearl Harbor en diciembre del mismo año, sumaría a las dos potencias que faltaban al escenario bélico de la Segunda Guerra Mundial. La reconstrucción de las alianzas que se daban en el mundo no dejarían de repercutir en Argentina.

El antifascismo unificado

La extensión de la guerra a la URSS traería el fin de la división del campo antifascista argentino en dos. Pero esta reunificación no se hizo sin conflictos. Cada ala del campo antifascista tuvo que revisar algunos conceptos que venía manteniendo, realizar varios giros discursivos y llevar a cabo análisis de la realidad desde otras perspectivas. El mayor problema lo tuvieron los comunistas, que se reinsertaron al campo antifascista con algún que otro inconveniente. Nuevamente, la situación los obligó a hacer un giro de ciento ochenta grados y poner de cabeza varios postulados que habían mantenido durante la época en que duró el pacto.

La primera reacción de los comunistas al saber que las tropas nazis entraban en territorio de la URSS fue de repudio total. Los comunistas pensaban que el ejército nazi había

iniciado una guerra contrarrevolucionaria contra el país soviético, y que era menester organizarse para impedir que salieran victoriosos. Para evitar la victoria alemana, los comunistas llamaban fervientemente a la movilización total para mostrar la solidaridad con el pueblo soviético; además impulsaban la creación de Comités de Amigos de la URSS para ordenar el envío de ayuda humanitaria.

El máximo enemigo pasaba a ser Adolf Hitler. Los nazis se convertirían en los recibidores del grueso de las críticas de los comunistas. El nazismo pasaría a ser visto como enemigo de la cultura, de la paz y de la libertad, y los soldados que luchaban contra el Tercer Reich, luchaban a favor de la humanidad al poner de rodillas a un adversario de esos valores.

Si el nazismo pasaba a ser el principal enemigo a vencer, las “democracias” eran ahora los aliados que ayudarían a completar esa misión. En este período, los comunistas se cuidarían de lanzar críticas hacia las “democracias” que eran aliadas de la URSS en la guerra. Ya no se iba a criticar la presencia británica en la economía argentina, o no se iba a acusar a los Estados Unidos de querer subordinar los recursos económicos y militares del país al servicio de la guerra. Tanto la URSS como las “democracias” tenían un mismo objetivo que consistía en poner fin al nazismo. En palabras de Victorio Codovilla:

Debemos luchar en común, organizar la acción obrera y popular, con el fin de conseguir que el gobierno cambie su política exterior actual y coordine su acción con la de los pueblos y gobiernos de la América Latina y de los Estados Unidos, con el objeto de asegurar la defensa del continente contra la agresión interior y exterior de los nazi-fascistas y prestar la ayuda necesaria a la URSS y demás países agredidos.¹⁹

La disminución de los reproches que los comunistas le hacían a las “democracias” se tradujo en una distensión de las relaciones entre aquellos y algunos partidos políticos que habían sido caracterizados como “imperialistas” durante la época del pacto nazi-soviético. Ejemplo de esto fue la constitución del comité de Avellaneda en apoyo a los pueblos que luchaban contra el nazifascismo, donde participaban dirigentes radicales, socialistas, comunistas y líderes sindicales, entre otros. Este comité, además, había sido saludado por el representante diplomático de Gran Bretaña.²⁰ Este caso demuestra como los comunistas, al unificarse el campo antifascista, volvieron a participar en diversos acontecimientos con organizaciones y partidos aliadófilos. Recuperaron su lugar en los mitines antifascistas que habían perdido por la alianza entre la URSS y el Tercer Reich.

¹⁹ Ramos, Jorge Abelardo, Op. Cit., pp. 80-81

²⁰ Ver González Alberdi, Paulino, “Ayudar a la U.R.S.S. y a sus aliados para salvar a la humanidad” en Bisso, Andrés, Op. Cit., pp. 503-504.

Lo que buscaban los comunistas era organizar a la población para enviar la mayor cantidad de ayuda posible a la URSS. Era necesario enviar lana, granos, carnes y otros productos generados en el país para que el Estado soviético pudiera utilizar sus recursos para comprar armamento y no tuviera que gastar en materias primas. Para llevar a cabo esta tarea, los comunistas hicieron una gran campaña para acercarse a sectores donde no tenían presencia, como el sector de los católicos. Los comunistas querían que los católicos se sumaran a la lucha antifascista

[...] ¿cuál debe ser la actitud de los comunistas, de todos los antifascistas de nuestro país?
[...] conseguir que ese sentimiento cristiano se transforme en un factor activo de la lucha común contra Hitler y los demás agresores del Eje.²¹

Los comunistas querían mostrar que, mientras en la Alemania nazi los sacerdotes eran perseguidos y los católicos vejados, en la URSS la constitución nacional permitía la libertad de cultos y que todas las familias del cristianismo vivían en armonía y en paz. Explicaban que en los gobiernos en donde participaron, como el de la II República española, nunca los cristianos fueron perseguidos. Si se había mandado a reprimir cristianos, había sido por su condición de enemigo ideológico del régimen y no por sus pensamientos religiosos.

Pero esto no era tarea fácil porque, según los comunistas, la quinta columna nazi era influyente en el país. La oligarquía pro hitleriana utilizaba sus influencias en la policía para frenar al movimiento de Ayuda a la URSS. Además los comunistas denunciaban que no había controles para los barcos que dejaban el puerto y llevaban el trigo argentino a España, donde desde ahí era transportado a Alemania. También los comunistas creían ver la marca del nazismo cuando algunos dueños de empresas castigaban a los trabajadores que militaban en la causa del antifascismo. Comunistas como José Peter denostaban esta actitud porque de esa manera se beneficiaba al Eje

Por eso es mil veces condenable la labor de los que persiguen en las empresas a los obreros que están decididamente del lado de los aliados y no comenten otro delito que ejercer los derechos que les acuerda nuestra Constitución Nacional.²²

Si mientras duró el pacto se caracterizó el conflicto bélico que acontecía como interimperialista, ahora que la URSS estaba en guerra los comunistas van a definir el enfrentamiento como una guerra de los pueblos para luchar contra el nazifascismo. Los comunistas (junto con los sectores antifascistas liberal-socialistas) van a empezar a presionar al gobierno argentino para que deje la neutralidad de lado y haga efectiva la ruptura con las

²¹ Codovilla, Victorio, “Los comunistas, los católicos y la Unión Nacional” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 383.

²² Peter, José, “Los nazis, no los antinazis, deben ser expulsados” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p.507.

potencias del Eje. Van a exigir que el gobierno coordine sus actos con otros gobiernos de la región para concertar acciones rápidas y energéticas para ayudar a la URSS, a Inglaterra y a sus aliados en la lucha. Los comunistas decían que si la situación lo requería, el gobierno no debería dudar en entrar a la guerra colaborando con acciones militares.²³

La lucha contra el nazismo tomará tanta importancia que desplazará a las reivindicaciones de clase. En efecto, los comunistas tomarán una posición similar a la que eligieron durante el período de los Frentes Populares donde las cuestiones de clase quedaban en segundo plano

Luchar porque los agentes del nazismo sean separados de las posiciones públicas; porque sus actividades antiargentinas y conspirativas sean reprimidas y castigadas; porque la Constitución y la democracia sean una realidad y cese por tanto la persecución de a los elementos democráticos, antifascistas y progresistas, constituye la tarea decisiva del momento. No significa ello que los hombres del pueblo deban abandonar la lucha por sus intereses cotidianos, por la elevación del salario, por el abaratamiento de la vida, contra los monopolios, etc. Pero es que la garantía de que esta lucha pueda seguir realizándose, estará dada por la derrota de Hitler en el orden internacional, y de sus agentes y amigos en la esfera nacional.²⁴

Si esas fueron las transformaciones discursivas que tuvieron que hacer los comunistas al reunificarse el campo antifascista, ¿qué cambios tuvieron que hacer los sectores liberal-socialistas? Los giros que tuvieron que realizar no parecieron tan dramáticos como los que hicieron los comunistas, pero eso no significa que hayan estado exentos de problemas.

Los sectores aliadófilos aceptaron a los comunistas con cierta desconfianza. Los militantes pro-aliado pensaban que los comunistas volvían a estar con ellos no por decisión propia, sino por la invasión que había iniciado Hitler en Rusia. Los militantes liberal-socialistas creían que Hitler había comenzado una guerra en el Este por una cuestión de recursos: con el pacto, el ejército alemán se había asegurado la recepción de las materias primas soviéticas. Cuando la guerra contra Inglaterra se empezó a volver cada vez más dura, Hitler no podía depender de los insumos que la URSS tenía ganas de enviarle. Necesitaba aprovisionar sus fuerzas con una gran cantidad de productos y, si era necesario ocupar el territorio soviético para conseguirlos, no iba a dudar en hacerlo. Por eso, el bando pro-aliado trataba de oportunista a Stalin, ahora aliado de Inglaterra y de los Estados Unidos. Los militantes del sector aliadófilo decían que el líder georgiano había especulado con la neutralidad para dejar que sus dos enemigos (el nazismo y las “democracias) se debilitaran

²³ Ver Arévalo, Oscar, Op. Cit., p.47.

²⁴ Ver González Alberdi, Paulino, “Ayudar a la U.R.S.S. y a sus aliados para salvar a la humanidad” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p 506.

para, terminada la guerra, darle un golpe traicionero al vencedor. Además, habían voces que recordaban que Stalin aprovechó la alianza con el nazismo para extender su hegemonía hacia parte del territorio de otras naciones, como en el caso de Finlandia y Polonia. Esas voces traían el recuerdo de las naciones agredidas por la URSS para decir que “el haber sido agredida ahora no puede significar en ningún modo justificación ni menos solidaridad para con Rusia.”²⁵

Pero los sectores aliadófilos del antifascismo argentino entendían que el potencial bélico de la URSS era imprescindible para asegurar la victoria sobre las fuerzas del nazismo. Por ese motivo, y a pesar de las críticas que lanzaban hacia Stalin, los sectores pro-aliado van a tratar de reforzar la unidad antifascista reivindicando algunos aspectos de la URSS. Primero, van a explicar que no había que confundir a Stalin con el pueblo soviético que luchaba valientemente contra las fuerzas nazi-fascistas. Segundo, van a establecer una diferencia fundamental entre el régimen de Berlín y el régimen de Moscú. Algunos sectores del antifascismo pro-aliado van a seguir sosteniendo algunas de las críticas que le hacían a los dos sistemas, como el predominio de la autoridad sobre el individuo, que reducía al ciudadano a una partícula inanimada de la comunidad; o el hecho de que ambos Estados fueran agresivamente agnósticos. Pero personas como Alberto Gerchunoff encontraban ahora una distinción significativa:

El Reich nazi no vive impulsado por un objetivo teórico, por el sueño de un esquema de falansterio como lo sería el comunista o el marxista. Su programa no es de futuro, sino de actualidad inmediata, de conquista territorial, de dominio por el dominio, de absorción del mundo, no en nombre de una paradoja de felicidad internacional, sino con la intención de imponerle el yugo de una raza y el regimiento de una aristocracia feudal y militar.²⁶

El fortalecimiento de un gran frente antifascista se hizo necesario, sobre todo, después del ataque japonés a Pearl Harbor. Muchos antifascistas vieron en ese ataque que el peligro del nazismo y de sus aliados era una realidad; consideraban que el continente americano ya había sido atacado y que no se podía volver a permitir eso. Por eso, y en conjunto con los comunistas, el sector liberal-socialista va a empezar a criticar la neutralidad que mantenía el gobierno de Castillo (que a esa altura ya se había hecho cargo del poder Ejecutivo).²⁷ Le van a

²⁵ “Declaración del Círculo Polonia Libre sobre la Guerra Germanorrusa” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 493

²⁶ Gerchunoff, Alberto, “El enemigo de todos” en Bisso, Andrés, Op. Cit., p. 495.

²⁷ Especialistas como Leonardo Senkman demuestran que después de junio de 1941, la coalición opositora del campo liberal, la izquierda parlamentaria socialistas y las fuerzas extra-parlamentarias en torno al proscripto Partido Comunista empezaron a utilizar la crítica al neutralismo como un arma discursiva para atacar al gobierno de Castillo. Senkman explica que durante el gobierno de Ortiz hubieron intentos de acercamiento con los Aliados pero los partidos políticos ignoraron tales propuestas. Prueba de esto, por ejemplo, fue la ausencia de apoyo a la propuesta del canciller Cantilo (canciller durante el gobierno de Ortiz) sobre la revisión del concepto

pedir que tenga un acercamiento más firme con los Aliados ya que la política neutralista aislaba a la Argentina del mundo y dañaba la relación del país con la de otras naciones latinoamericanas. También le van a exigir acciones más enérgicas para eliminar los vestigios de la quinta columna en Argentina. A los antifascistas aliadófilos les parecía inaceptable mantener una neutralidad del tipo oportunista como la había mantenido Stalin. Además de que esa era una postura egoísta, los sectores pro-aliado intentaban mostrar que los países que habían sido neutrales habían terminado siendo invadidos por los ejércitos del Tercer Reich.

De este modo, y después de dos años de haber estado escindido en dos, el antifascismo argentino volvía a unificarse en un solo campo.

Consideraciones finales

Se acaba de delinear las características de los dos tipos de antifascismo que existieron en la Argentina. Asimismo, se dejó en claro que formas tomó cada uno durante el período en que duro el Pacto de No Agresión entre el nazismo y el estalinismo y durante la entrada de la URSS en la guerra.

Al analizar los cambios que tuvieron tanto el antifascismo comunista como el antifascismo liberal-socialista, una reacción simplista sería a acusar a los militantes que participaban en cada tipo de antifascismo como oportunistas que no tenían problemas en contradecirse con tal de obtener un rédito político. Si bien muchas veces el oportunismo está ligado a la política, hay que entender que en esa época era muy difícil criticar la barbarie nazi, denostar el imperialismo de las “democracias” o repudiar el totalitarismo estalinista sin contradecirse. Esto, sumado a las cambiantes alianzas en el plano internacional, hacía que tomar una posición sólida por algún bando se volviera extremadamente complicado.

Si bien los comunistas defendieron en su momento la táctica del pacto con el nazismo, pasados los años tratarían de borrar ese período que significa una macha negra en la historia

de neutralidad que éste elevó confidencialmente a los Estados Unidos el 19 de abril de 1940, contra el trasfondo del incidente del Graf Spee y una voluntad de alinearse más comprometidamente con las fuerzas aliadas anti-Eje. Mientras duró la presidencia de Ortiz, éste intentó retornar al normal funcionamiento de las instituciones democráticas. Cuando debió ser reemplazado por Castillo debido a su enfermedad, el catamarqueño volvió a poner en práctica los viejos vicios del fraude. Entonces, las organizaciones políticas de la época encontraron en la crítica al neutralismo una forma de debilitar al gobierno de Castillo. La interpretación de Senkman nos permite entender un poco más la crítica al neutralismo, mostrando que esa crítica no correspondía solamente a cuestiones de política externa. Para más información ver Senkman, Leonardo, “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo; 1939-1943”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. VI, N°1, junio-diciembre de 1995, pp. 23-49.

de su partido. Tal es así que escritos como el de Oscar Arévalo, que narra la historia del comunismo argentino, obvia mencionarlo.

Como se explicó en páginas anteriores, la defensa del pacto hizo que el resto del arco antifascista aislara a los comunistas. Esto, si bien tuvo sus consecuencias negativas, también sirvió para que el PC pudiera obtener una base proletaria mayor. En efecto, la defensa de la táctica del Frente Popular había alejado a los comunistas de su interés por las reivindicaciones obreras mínimas en aras de un acuerdo con sectores de la burguesía potencialmente integrantes del bloque aliado antifascista. La radicalización de los comunistas durante la época en que duró el pacto (que se tradujo en una mayor crítica social) permitió limpiar el partido de sectores pequeños burgueses liberales y aproximarse a militantes de la clase obrera. Esta evolución de los comunistas fue similar a la que habían tenido durante el período ultraizquierdista de clase contra clase (1928-1935), donde el partido se había lanzado hacia una conquista acelerada de las masas. Pero como se expuso en este trabajo, la reunificación del campo antifascista en el año 1941 hizo que los comunistas volvieran a dejar en segundo lugar algunas reivindicaciones sociales.

Por su parte, el sector antifascistas liberal-socialista al no estar proscrito como los comunistas, tenía algunas mayores ventajas. No sufría la represión policial con tanto rigor, tenía representación en el parlamento argentino, y sus posicionamientos políticos con respecto a cuestiones nacionales como internacionales permitía un acercamiento a espacios políticos importantes como el radicalismo alvearista. La más prestigiosa de las encarnaciones institucionales del antifascismo liberal-socialista sería Acción Argentina. Nacida durante la presidencia de Ortiz, esta organización ligaría la lucha política nacional a la defensa de los aliados, tratando de hacer olvidar las diferencias partidarias. A pesar de que esta institución privilegiaba una representación notabiliaria basada en el prestigio y la figuración social, resultaba suficientemente representativa para movilizar a un numeroso grupo de personas en torno a ciertos valores propios de la civilización que se consideraba necesario defender y promover.

Por último, hay que decir que la reunificación del campo antifascista serviría como embrión de la Unión Democrática (compuesta por la Unión Cívica Radical, el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista y el Partido Comunista, y apoyada por la Federación Universitaria Argentina y la agrupación Acción Argentina, entre otros), la coalición electoral que participó en las elecciones presidenciales de 1946, y que fue derrotada por el naciente movimiento peronista.

Bibliografía

- Arévalo, Oscar, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- Bisso, Andrés (comp.), *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Buenos Libros, CeDInCi Editores, 2007.
- _____, “La división de la comunidad antifascista argentina (1939-1941). Los partidos políticos y los diferentes grupos civiles locales ante el Pacto de no agresión entre Hitler y Stalin” en *Reflejos* del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, N°9, 2000-2001.
- Giúdice, Ernesto, *Imperialismo inglés y liberación nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, 6ª ed., Buenos Aires, Crítica, 2005.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, tomo II. Buenos Aires, Editorial Claridad S.A., 1990.
- Senkman, Leonardo, “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo; 1939-1943”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. VI. N°1, junio-diciembre de 1995.